

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Manuel.—Tison y su mujer.—El zapatero Simon y su ayudante Rocher.—El rey separado de su familia.—Clery.—Toulan.

I

En tanto que la república, al nacer, despedazada en el interior por las facciones y amenazada en el exterior por la coalición de los tronos, enviaba sus batallones á todas las fronteras, se agitaba en Paris, y no sabiendo contra quién dirigir su furor, pedía á grandes gritos una cabeza, como para sacrificarla al genio irritado del pueblo, el rey y su familia, encerrados en el Temple, oían confusamente desde el fondo de su prision el rumor de estas convulsiones. De día en día se aproximaban más y les amenazaban de más cerca.

En estos grandes choques de ideas y de acontecimientos que producen las revoluciones, hay siempre algunos seres expiatorios, algunas familias, algunas almas en quienes se personifica la desgracia comun, y en quienes, por un deplorable privilegio del infortunio, los odios de las dos causas encarnizadas, los golpes que se dirigen, los terrores ó furores que se envían una á otra, las facciones que las desgarran, las calamidades, la sangre y las lágrimas de todo un imperio, vienen, por decirlo así, á concentrarse, estallar, desgarrarse, llorar, verter sangre, sufrir y morir en un solo corazón. Es el punto en que las revoluciones más necesarias y las más santas se convierten en angustias, en tormentos y en suplicios para las víctimas que personifican las instituciones inmoladas. Entonces es tambien cuando la opinion enmudece, cuando la teoría deja de ser implacable, y cuando la historia misma, olvidando un momento su parcialidad por la causa de los pueblos, no tiene otra causa, otra gloria ni otro deber más que la piedad; porque la historia tambien, intérprete del corazón humano, tiene lágrimas; pero estas lágrimas la enternecen, y no la ciegan.

II

Hemos dejado á Luis XVI en el umbral del Temple, adonde le habia conducido Petion, sin que el rey pudiese saber todavía si entraba allí como suspenso del trono ó como prisionero. Esta incertidumbre duró algunos días.

El Temple era una antigua y sombría fortaleza edificada por la orden monástica de los Templarios, en tiempo en que estas teocracias sacerdotales y militares, uniendo la revolucion contra los príncipes á la tiranía contra los pueblos, se cons-

truían castillos para monasterios, y marchaban al dominio con la doble fuerza de la cruz y de la espada. Despues de su caída, su fortificada mansion habia quedado en pié como un resto de otro tiempo descuidado por el nuevo. El castillo del Temple estaba situado cerca del arrabal de San Antonio, no léjos de la Bastilla, y comprendia, con las casas anejas á él, su palacio, sus torres y sus jardines, un vasto espacio de soledad y de silencio en el centro de un barrio bullicioso de Paris. Los



Parere.

edificios eran el *priorato* ó palacio de la orden, cuyas habitaciones servian de hospedería pasajera al conde de Artois, cuando este príncipe venía de Versalles á Paris. Este palacio arruinado tenia habitaciones amuebladas á la antigua, con camas y ropa para el príncipe y su comitiva. Sólo vivian en él un portero y su familia. Habia un jardin que le rodeaba, inculto y vacío como el palacio. A algunos pasos de aquella residencia se elevaba el torreón ó castillo del Temple, fortificado en otro tiempo. Su masa tosca y negra se levantaba formando un solo cuerpo desde el suelo hácia el cielo; dos torres cuadradas, la una más grande y la otra más pequeña, unidas la una á la otra como un manojo de paredes, teniendo cada uno de sus flancos otras torrecillas aisladas y que en lo antiguo habian estado coronadas de

almenas, formaban el grupo principal de aquella construcción. Había arrimados á él algunos edificios mucho más bajos y más modernos, que desapareciendo con su sombra, servían sólo para hacer que su altura se notase más. Este torreón y aquella torre estaban contruidos con anchas piedras de sillería, cuyas escoriaciones y grietas jaspeaban las murallas de manchas amarillentas y lívidas sobre fondo negro, como las que imprimen la lluvia y el humo á los monumentos del Norte de Francia.

La torre principal, casi tan elevada como las torres de una catedral, no tenía ménos de sesenta piés desde la base al remate, encerrando entre sus cuatro muros un espacio de treinta piés cuadrados. Un enorme pilar de piedra ocupaba el centro de la torre y subía hasta la aguja del edificio. Este pilar, ensanchándose y ramificándose en todos los pisos, iba á apoyar sus arcos en los muros exteriores, y formaba cuatro bóvedas sucesivas que sostenían otras tantas salas de armas. Cada una de estas salas comunicaba á unos gabinetitos más estrechos abiertos en las torrecillas. Los muros del edificio tenían nueve piés de espesor; los huecos de las pocas ventanas que le daban luz, muy anchos en la sala, iban en disminucion hasta el marco de piedra, dejando sólo penetrar en el interior un poco de aire y una luz lejana, y haciendo aún más sombrías estas habitaciones gruesas rejas de hierro. Dos puertas, forrada la una con madera de encina muy gruesa y guarnecida de clavos de cabeza ancha en forma de diamante, y la otra con planchas de hierro reforzadas con barras del mismo metal, separaban cada sala de la escalera por donde se subía á ellas. Esta escalera en espiral iba hasta la plataforma del edificio.

Para llegar hasta el terrado era necesario abrir siete postigos sucesivos ó siete puertas sólidas, cerradas con llave y cerrojo, y en cada una de ellas había un centinela y un llavero. En lo alto del torreón había una galería exterior en la que se podían dar diez pasos por cada frente; el menor viento zumbaba allí como un huracán, y el ruido de París subía debilitándose. Desde allí podía dirigirse la vista sin hallar obstáculo por encima de los tejados bajos del arrabal de San Antonio ó de la calle del Temple á la cúpula del Panteón, á las torres de la catedral, á los tejados de los pabellones de las Tullerías, ó á las verdes colinas de Issy ó de Choisy-le-Roi, que bajan con sus caseríos, sus parques y sus praderas hácia la orilla del Sena.

La segunda torre estaba contigua á la principal y tenía también dos torrecillas en cada uno de sus flancos, era igualmente cuadrada y estaba dividida en cuatro pisos; pero entre estos edificios contiguos no existía ninguna comunicación interior, teniendo cada uno su escalera separada. Sobre la torre pequeña, como sobre el torreón, había un terrado en lugar de techo. El primer piso se componía de una antesala, un comedor y una biblioteca de libros viejos reunidos por los antiguos priores del Temple, ó sirviendo de depósito á los desperdicios de las bibliotecas del conde de Artois. Los pisos segundo, tercero y cuarto ofrecían á la vista la misma disposición de piezas, las mismas paredes desnudas y los mismos destrozados muebles. Allí el viento silbaba, la lluvia caía á través de los vidrios rotos, y las golondrinas volaban con toda libertad; allí no había ni camas, ni mesas, ni sillones, ni cortinas; una ó dos tarimas para los ayudantes del portero, algunas sillas cayéndoseles la paja, y algunos vasos de barro en una cocina aban-

donada, formaban todo el ajuar. Dos puertas bajas y de arco, cuyas molduras de piedra sillería imitaban un haz de columnas coronadas con el escudo roto del Temple, daban entrada á los vestíbulos de esas dos torres.

Anchas calles empedradas rodeaban el monumento, separadas entre sí por barreras de tablas. El jardín estaba lleno de una espesa vegetación de yerbas inútiles y de montones de piedras y escombros de demoliciones. Una muralla alta y sombría como las paredes de un claustro entristecía aquel recinto, encerrándole por todas partes. Este muro sólo se abría al extremo de una larga calle sin árboles que daba á la antigua calle del Temple. Tales eran el aspecto exterior y la disposición interior de aquella residencia, donde los habitantes de las Tullerías, de Versalles y de Fontainebleau llegaban á la caída de la tarde. Estas desiertas salas no esperaban huéspedes desde que los templarios las habían dejado para ir á la hoguera de Jacobo Molay. Estas torres piramidales, vacías, frías y silenciosas por tantos siglos, parecían ménos una habitación que los salones de una pirámide en el sepulcro de un Faraón del Occidente.

III

Al llegar al Temple, el rey fué puesto por Petion bajo la vigilancia de los municipales y de la guardia de Santerre. El procurador síndico del ayuntamiento, Manuel, hombre susceptible de enternecimiento como de exaltación revolucionaria, acompañó al rey. Se veía en su actitud que ya la piedad se había apoderado de él, y que su respeto interior por la grandeza caída luchaba contra la austeridad oficial de su lenguaje. Su frente baja y lo sonrosado de su cara descubrían la secreta vergüenza que le causaba encerrar aquel rey, aquella reina, aquellos niños y aquella princesa en una mansión tan diferente del palacio que acababan de dejar. Una cierta duda daba incertidumbre al papel de Santerre, de Manuel y de los municipales encargados de instalar la familia real en el Temple, instalación que se parecía á una ejecución. Los magistrados del pueblo estaban tan turbados como los cautivos, y los artilleros de las secciones que habían servido de escolta al coche del rey, y á quienes los recuerdos del 10 de Agosto, la embriaguez del triunfo, los gritos y ademanes del pueblo durante el tránsito, habían hecho perder toda clase de respeto, querían encerrar al rey en la torre pequeña, y al resto de la familia real en el palacio. Petion atrajo estos hombres á la humanidad, y toda la familia fué colocada unida en el palacio. Los porteros la recibieron silenciosos y tristes, é hicieron con un celo apresurado todos los preparativos para una larga permanencia.

No dudaba el rey que ésta fuese la residencia que la nación le destinaba hasta el desenlace de su destino. No entraba allí sin esa especie de alegría interior que hace encontrar al hombre agitado por el movimiento y fatigado por la incertidumbre una dicha en la inmovilidad sobre el escollo mismo donde se ha destrózado, y si no creía en la seguridad, creía al ménos en la paz de aquella mansión. Se apresuró á tomar posesión de ella, y á conformar por el pensamiento los hábitos de su vida. Midió con la vista los jardines para los paseos de sus hijos y para el ejercicio diario que su fuerte naturaleza y sus gustos de cazador le imponían á él mismo como una necesidad. Mandó que le abriesen las habitaciones, examinó la ropa

blanca y los muebles, escogió las piezas, señaló la cámara para la reina, la suya, la de los niños, la de su hermana, la de la princesa de Lamballe y la de las personas que su ternura ó su fidelidad unian á ellos hasta en aquel asilo.

Se sirvió la cena á la familia real, y el rey comió con una apariencia visible de tranquilidad de ánimo y de serenidad. Manuel y los municipales asistieron en pié. Habiéndose dormido el Delfin en las rodillas de su madre, mandó el rey llevarle. Se disponian á acostar el niño, cuando una órden del ayuntamiento, provocada, no por Manuel y Petion, sino por una denuncia de los artilleros que estaban de guardia, llegó á Manuel y turbó aquella primera alegría del cautiverio. Era la órden para que evacuasen inmediatamente el palacio, y se encerrase desde la primera noche á la familia real en la torre pequeña del Temple. El rey sintió este golpe quizá más dolorosamente que habia sentido su salida de las Tullerías. Es muy frecuente unirse más á un despojo del destino que al destino entero. Todos los preparativos para establecerse fueron interrumpidos. Los artilleros y los municipales transportaron apresuradamente algunos colchones y alguna ropa á las inhabitadas piezas de la torre, donde se establecieron cuerpos de guardia. El rey, la reina, las princesas y los niños, reunidos en el salon del palacio y juntando alrededor todos los objetos necesarios á cada uno, esperaron muchas horas en silencio que su prision estuyese pronta para recibirlos.

A la una de la madrugada vino Manuel á invitarles á que pasasen á la torre. La noche estaba oscura; los municipales iban delante con linternas, y artilleros con el sable desenvainado formaban filas. Estas débiles luces sólo alumbraban un corto espacio delante de ellos, y dejaban todo lo demas en una completa oscuridad; pero las lamparillas colocadas en las ventanas y en las cornisas de la fortaleza del Temple hacian entrever sus altas agujas y la masa negra de las torres hácia las que se dirigian silenciosamente. El edificio, iluminado así, presentaba perfiles gigantescos y fantásticos, desconocidos al rey y á sus servidores. Habiendo preguntado un ayuda de cámara del rey en voz baja á uno del ayuntamiento si era allí donde llevaban á su amo, le respondió: «Tu amo estaba acostumbrado á dorados techos. Ahora va á ver cómo se aloja á los asesinos del pueblo».

Penetraron en la torre por la puerta estrecha y oblicua de la torrecilla que encerraba la escalera de caracol. En cada piso iba quedando una parte de la familia real, y los criados en la habitacion que se les habia destinado. Madama Isabel se estableció en una cocina, donde sólo habia una tarima, en el piso bajo; la reina y sus hijos en el segundo, y el rey en el tercero. Una cama de encina sin cortinas, y algunas sillas, eran los únicos muebles de aquella pieza. Las paredes no tenian papel; pero habia algunos grabados obscenos, restos del ajuar de un lacayo del conde de Artois, clavados en los muros. El rey, al entrar, recorrió con la vista, sin dar la menor señal de repugnancia ó debilidad, la habitacion que le destinaban; miró los grabados, los desprendió con sus manos, y dijo volviéndolos hácia la pared: «No quiero dejar semejantes objetos á la vista de mi hijo». El cuarto de la reina y de los niños ofrecia el mismo abandono.

El rey se acostó y durmió. Dos de sus criados, Hue y Chamilly, pasaron la noche sentados junto á su cama; la princesa de Lamballe al pié del lecho de la reina, las otras mujeres de la servidumbre de la familia real en la cocina, sobre colchones extendidos alrededor de la tarima donde dormia la jóven hermana del

rey. Algunos guardias y municipales hacian centinela de vista en todos aquellos aposentos.

Pasaron la noche en cuchicheos la reina y las princesas, conteniendo sus lágrimas y presagiando siniestramente sobre la suerte que tal envilecimiento de su rango y de su sexo anunciaba á los cautivos. Sólo los niños tuvieron un sueño tranquilo y prolongado, como si estuviesen bajo los dorados techos de Versalles. Al otro dia y los siguientes, la reina y las princesas tuvieron la libertad de verse en la habitacion del rey, y de ir sin obstáculo á los diferentes pisos del interior de la torre. Visitaron todas las piezas, y arreglaron definitivamente el alojamiento de cada una de las personas de la familia, amigas y criados. Estrecharon más su vida y se plegaron á los hábitos, como un prisionero encadenado se arregla sus hierros para sentir ménos su peso. Les llevaron algunos muebles más, se tendieron algunos tapices sobre la húmeda desnudez de los muros, y se armaron algunas camas. Las de la reina y el rey se tomaron de los viejos muebles del palacio del Temple; eran las de los caballeros del conde de Artois; una sola, la del rey, tenia cortinas de damasco verde rotas y desgarradas, como convenia á tan miserable alojamiento.

Después del desayuno, servido aún con cierto lujo en el comedor del primer piso, pasó el rey á la torrecilla del lado, hojeó con interes los viejos libros latinos amontonados en aquella parte de la torre por los archiveros de la órden de los templarios, volúmenes que yacian después



El Temple.—Pág. 205.

de tanto tiempo sepultados en el polvo. Halló á Horacio, este poeta del placer indolente, olvidado allí como una ironía de aquellas grandezas destruidas, de aquellas juventudes sepultadas y de aquellas bellezas destronadas. Descubrió á Ciceron, aquella grande alma en que la serena filosofía domina las vicisitudes políticas, y en que la virtud y la adversidad, luchando en un genio digno de contenerlas, se presentan en espectáculo y en lecciones á las almas que tienen que ejercitarse con la fortuna. En fin, desenterró algunos libros religiosos, que su piedad, reviviendo con la desgracia, le hizo recibir como un dón del cielo; viejos breviarios que contenían en los versículos de sus salmos, distribuidos para todos los días del año, todos los gemidos de la tierra; una *Imitación de Cristo*, este vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se cambian con la resignación en tranquilidad del alma y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros á su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su cuarto. Quería alimentarse él mismo y servirse de ellos para ejercitar la memoria y la inteligencia de su hijo con el estudio de la lengua latina.

Se reunieron las princesas en la habitación de la reina, en el segundo piso, debajo del cuarto del rey. La reina hizo armar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; madama Isabel, su sobrina y la princesa de Lamballe se establecieron en una pieza más pequeña y oscura que servía por el día de paso á los municipales, los guardias y los hombres de servicio de aquel piso para ir á otras piezas destinadas á los más viles usos. Las cocinas del piso bajo quedaron vacías, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina contigua al cuarto del rey se pusieron las camas de sus dos criados, Mrs. Hue y Chamilly.

Permitióse á la familia real dar un paseo de una hora en el jardín, bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió á las dos. Santerre y dos de sus ayudantes de campo asistieron á ella sin insolencia y sin respeto. Las horas que separan el mediodía de la noche las pasaron en hablar y leer, viendo jugar y haciendo rezar á los niños; desahogos tiernos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el cuarto del rey, para que el ruido de esta última comida no turbase el sueño de los niños, que descansaban ya en el cuarto de la reina. Después de cenar y de las tiernas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron á bajar, y el rey, entrando en su gabinete de lectura, se encerró para reflexionar, leer y orar hasta medianoche.

IV

De este modo pasó el primer día de cautiverio. La presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe, la asiduidad y el cariño de la duquesa de Tourzel y su hija Paulina; el afecto probado de los criados, que voluntariamente se habían encerrado con sus amos, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios; el culto piadoso de madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporcionaron muchas veces á los prisioneros el arreglo de sus cuartos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansión, el cansancio de los pasados tumultos, el creer más segura su vida en aquella fortaleza, el ver cumplido así providencialmente el voto manifestado por la reina á Danton cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre»; la

aproximación cierta de los extranjeros, el ignorar los triunfos de Dumouriez, el ver tanto cariño, tanta compasión y tantos votos como les seguían desde el fondo de la nación á sus calabozos; la esperanza vaga pero confiada de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron algunos encantos sobre su tiempo y alguna dulzura sobre su tristeza. Mientras que el infortunio tiene testigos que le contemplan, confidencias que le escuchan y amistades que participan de él, puede tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellas amigas, aquellos criados, encerrados juntos dentro de aquellos muros, se daban recíprocamente algún consuelo.

A fin de distraerse algo los prisioneros, fueron al día siguiente á visitar las salas mayores de la gran torre del Temple, donde les había anunciado Santerre se les preparaba su habitación definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales les acompañaron en aquella visita á su futura prisión, y después á los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se hallaban en el camino, el rey y la reina oyeron susurros amenazantes contra la presencia de la princesa de Lamballe, de madama Tourzel y las damas de servicio, que se les dejaba como una sombra del trono, «que no se podía tolerar después de los crímenes de la corte, y que parecía hacerse un ultraje al pueblo conservando una apariencia de superstición hacia la soberanía».

Estos rumores, que al momento llegaron á oídos de la municipalidad, fueron causa de que se diese un decreto que mandaba expulsar todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió algunos días la ejecución de aquella crueldad, esperando que podría hacer revocar aquella orden que iba á despedazar tantos corazones; mas en la noche del 19 al 20 de Agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido despertó con sobresalto á la familia real. Los municipales entraron en los cuartos del rey y de la reina, y les leyeron un decreto más imperativo que mandaba la expulsión inmediata de todos los individuos que no perteneciesen á la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos á su persona. Esta orden, notificada á tal hora, con términos y gestos que hacían mayor su crueldad, llenó á todos los detenidos de estupor y de consternación. Hue y Chamilly, precipitándose medio vestidos en el cuarto de su amo, se tenían cogidas las manos, y permanecieron en pie delante de la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les causaba separarse. «Tened cuidado, —les dijo un empleado municipal,—la guillotina está permanente, y hiere de muerte á los criados de los reyes.»

Madama de Tourzel, aya del Delfín, llevó el niño dormido sobre la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel estaba abrazada á la joven princesa real, á quien la edad y la amistad la unían como á una hermana. Madama de Navarre, dama de honor de madama Isabel, y las tres damas de servicio de la reina, de las princesas y los niños, madamas Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente á los pies de su señora. María Antonieta y la princesa de Lamballe, abrazadas una con otra, suspiraban de dolor, y sólo la violencia pudo separarlas. Los municipales llevaron á madama de Lamballe, que se había desvanecido junto á la escalera, fuera de aquellos muros donde dejaba á su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño. Madama Isabel y la joven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el cuarto de la reina, quien sólo desde aquel día se creyó cautiva, pues acababan de arrebatarle la amistad.